

Siglo XXI:
crisis de una civilización
¿Fin de la historia o comienzo
de una nueva historia?



Carlos Arcos Cabrera
Rector

Arturo Villavicencio Vivar
Vicerrector

Fernando López Parra
Decano General Académico

Carlos Marchán Romero
Decano General de Investigación

Mauricio Ullrich Reascos
Decano General Administrativo

Wim Dierckxsens
Antonio Jarquín
Paulo Campanario

Paulo Nakatani
Reinaldo Carcanholo
Rémy Herrera
(Comentaristas)

Siglo XXI:
crisis de una civilización
¿Fin de la historia o comienzo
de una nueva historia?



330.9
D563s

Dierckxsens, Wim.

Siglo XXI: crisis de una civilización ¿Fin de la historia o el comienzo de una nueva historia?/ Wim Dierckxsen. –

1.a Ed.— Quito: Editorial IAEN, 2011

148 p.; 15 x 21 cms.

ISBN: 978-9942-07-112

1. ECONOMÍA 2. HISTORIA ECONÓMICA 3. GEOPOLÍTICA
4. ESTADOS UNIDOS 5. AMÉRICA LATINA 6. CARIBE (REGIÓN)

I. Título

© **De esta edición: IAEN**

Instituto de Altos Estudios Nacionales
Av. Amazonas N37-271 y Villalengua esq.
Telf: (593) 02 2464201 / 02 2260008
www.iaen.edu.ec

Responsable editorial

Paquita Troya Fernández
(593) 02 2260011. Extensión 208
Correo electrónico: paquita.troya@iaen.edu.ec

Corrección de estilo: Andrés Cadena, La Caracola Editores.

Diseño gráfico: Sutti arte&comunicación

Diseño portada: Santiago Cárdenas

ISBN: 978-9942-07-112

Imprenta: Imprenta Mariscal

Quito - Ecuador, 2011

Para los indignados:

Aquellos millones y millones de jóvenes, hombres y mujeres, activistas políticos de izquierda, pero sobre todo desempleados y excluidos sociales, que se resisten a vivir bajo condiciones de opresión cada vez más indignantes; que hoy luchan contra la élite financiera hegemónica con sus políticas especulativas, de guerra y represión, en las calles de miles de ciudades en más de un centenar de países en todo el mundo y que reivindican simplemente una sociedad justa e incluyente con vida digna para todos los seres vivos en la tierra incluyendo a la madre naturaleza.

Índice

Presentación	11
Agradecimientos.....	13
Prólogo	15
Introducción	
La complejidad de la crisis actual	19
Capítulo I	
La Gran Depresión del siglo XXI: la función del trabajo improductivo y del capital ficticio	33
1. El trabajo improductivo como fuente de especulación.....	34
2. El capital a interés como fuente del capital ficticio	37
3. Capital especulativo, capital ficticio y la Gran Depresión.....	39
Capítulo II	
La nueva fase de la crisis mundial: la amenaza de bancarrota de Estados.....	45
1. «Recuperación» de la economía ficticia no así de la economía real	45
2. La amenaza de bancarrota de los propios Estados.....	51
3. La amenaza de bancarrotas en la Eurozona.....	54
4. La amenaza de una bancarrota de los EE. UU.....	58
5. El poder de la Reserva Federal de los EE. UU.	62
6. ¿Hasta cuándo durará el reinado del dólar?	64
Capítulo III	
La economía de guerra ante la Gran Depresión del siglo XXI: keynesianismo militar y complejo industrial militar	71
1. Gasto militar y crecimiento económico	75
2. El momento de la perestroika revisitado.....	77
3. La necesidad de una perestroika en Occidente	79
4. El efecto bumerán en la teoría del dominó de la geopolítica	81

Capítulo IV

¿Constituye un *New Green Deal* una alternativa? 87

1. El crecimiento sostenible, ¿mito o realidad?..... 87
2. Los límites del crecimiento 88
3. Agrocombustibles: la especulación con el hambre 93
4. Hacia una economía para la vida 96
5. Acerca del momento de transición 99
6. Crecimiento positivo en el Sur y negativo en el Norte 104

Capítulo V

El sujeto ante un cambio civilizatorio: retos y amenazas 113

1. El sujeto ante un cambio civilizatorio..... 113
2. Lo extraeconómico triunfará sobre lo económico..... 118
3. Las amenazas frente a un cambio de civilización..... 121
4. Los límites de un poder sostenido sobre bases improductivas 122
5. La geoestrategia de la élite financiera en el pasado..... 125
6. La geoestrategia: presente y futuro..... 127
7. El lugar y el rol estratégicos de América Latina y el Caribe 128

Postfacio

¿Cómo salvar a los pueblos y no a los banqueros?..... 133

Presentación

En la última década, más que en otras anteriores del presente siglo, la noción ineludible de que atravesamos una época de crisis, exacerba nuestra preocupación por el futuro de la humanidad. Las protestas sociales surgidas en varios países alrededor del mundo, dan cuenta de las reacciones más inmediatas frente a las condiciones de inestabilidad social. Sin embargo, la memoria puede quedársenos corta al momento de vincular los sucesos de los últimos tiempos, con el sistemático montaje que la humanidad ha realizado para encontrarnos en las condiciones de «crisis» actuales.

Y cuando hablamos de crisis, no debemos circunscribirnos únicamente a una dimensión económica. Esa es una de las tantas dimensiones de la crisis por las que atraviesa la humanidad. El derroche en el consumo y el exceso de explotación de recursos nos ha llevado también a un estado de crisis que pone en riesgo la supervivencia misma de la humanidad. Esta situación lo perciben, con mayor intensidad, las poblaciones más empobrecidas.

Los planteamientos aquí realizados por los destacados autores, nos estimulan a repensar una vez más los modelos de desarrollo contemporáneo y a comprometernos a impulsar estrategias que nos liberen de una condena al colapso de la sociedad y del planeta.

Para el IAEN, como Universidad de Postgrados del Estado; constituye un importante logro, apoyar esta publicación, en el afán de realizar un llamado de atención sobre las decisiones pasadas que incidieron en las crisis actuales. De esta manera nos proponemos contribuir, desde un análisis académico y prospectivo, al replanteamiento de las políticas públicas de los nuevos Estados latinoamericanos, las mismas que deberán proyectarse a consolidar posibilidades de cambio en los patrones que desencadenaron las condiciones de crisis actuales; así como posibilidades de adaptación y aprovechamiento de las oportunidades surgidas.

Carlos Arcos Cabrera

RECTOR DEL INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES

Agradecimientos

Agradecemos a todos los indignados, por haber sabido despertar la solidaridad internacional para que ejerzamos como verdaderos ciudadanos; por haber sabido encender la mecha de fuego para luchar por una vida digna; por haber sabido agitar el interior de los mayores incluyendo nosotros; agradecimiento, porque sabrán canalizar la mecha que han sabido encender para lograr el bien común; porque tras la luz de la mecha que han sabido encender ven lo que tiene urgencia de cambio, cambio que han hecho aclamar en voz unánime: ¡Ética ya!

Inspirada en, *Carta de Mila para los indignados*, publicada por Francisco Ortiz, 20 de mayo de 2011.

Prólogo

La actual crisis internacional tiene múltiples interpretaciones. Para ciertos analistas, se trata de una crisis financiera ocasionada por la burbuja inmobiliaria que provocó, en 2007 y 2008, el estallido de los créditos hipotecarios de alto riesgo, especialmente en Estados Unidos y España. El aumento desmedido en el volumen de créditos hipotecarios de alto riesgo y la venta de activos tóxicos que las entidades financieras norteamericanas realizaron a los bancos europeos, habrían sido las correas de transmisión para que la crisis financiera se propagara rápidamente al sistema financiero de los países del norte. Todo lo anterior fue posible gracias a la falta de regulación del sistema financiero internacional.

Y es que, como parte de su incesante «innovación empresarial» y con el fin de obtener más ganancias, la banca internacional ha venido creando nuevos productos y técnicas financieras, como la «titulación» de ingresos futuros esperados, de créditos comerciales o hipotecarios, de alquileres de activos, etc. Estas nuevas técnicas e instrumentos financieros no estuvieron registrados en el sistema de supervisión internacional, no pocos economistas plantean la necesidad de establecer estrictas medidas de control y regulación a la banca internacional, a fin de controlar sus excesos y evitar que sus intereses corporativos se impongan por encima del interés de la sociedad global.

El sistema financiero internacional está en crisis. El primer estallido de este siglo se produjo en Estados Unidos, con la gran crisis de la deuda y de los bienes inmobiliarios; en esta ocasión, la situación fue doblegada gracias a que la Casa Blanca destinó 789 mil millones de dólares para atender la debacle financiera de septiembre de 2008. La segunda asonada se produjo cuando en 2010 la Unión Europea aprobó 750 mil millones de euros (975 mil millones de dólares), con el fin de defender a los bancos que podían ser afectados por la crisis griega. Para controlar la tercera ola de la crisis, en octubre de 2011, los jefes de Estado y de Gobierno de los 17 países de la eurozona, decidieron la condonación del 50% de la deuda griega, la recapitalización de la banca europea y aumentar el Fondo Europeo de Estabilidad Financiera a un millón de millones de euros. La pregunta ahora es si estas medidas serán suficientes para doblegar la crisis de la deuda europea.

Sin duda, una nueva arquitectura financiera internacional permitiría establecer los mecanismos regulatorios indispensables para controlar los desequilibrios de la economía mundial. Sin embargo, aunque se requiere una urgente reforma del sistema financiero internacional, este simple hecho no será suficiente para doblegar la actual crisis internacional.

De allí que, según otros analistas, la Crisis no sólo tiene un carácter financiero, se trata de una crisis sistémica que también ha contaminado los distintos poros de la economía mundial. Y es que la crisis financiera surgida en Estados Unidos con la burbuja inmobiliaria ha colocado al borde del abismo a la economía norteamericana, desencadenando efectos nocivos en el sistema productivo, afectando el empleo e induciendo la quiebra de varias empresas emblemáticas de la industria estadounidense, como *General Motors* (con una deuda de 27 mil millones de dólares) y *Chrysler*.

En la reunión anual del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, acaecida en septiembre de 2011, el Director de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) afirmó que la crisis llevó el desempleo a un nivel histórico de 200 millones de personas en el mundo. En Estados Unidos, la tasa de desempleo supera el 9% y, en España, llega al 21.5% de la población activa. Así, la crisis financiera de Estados Unidos y Europa amenaza con una inminente recesión de la economía mundo y con la insolvencia financiera de los Estados, en Europa y el norte de América.

En agosto de 2011, Estados Unidos de América perdió la categoría de país más solvente del mundo. Por primera vez en la historia, los bonos avalados por el Departamento del Tesoro de Estados Unidos de América fueron degradados, lo que significa un revés sin precedentes para la mayor economía del mundo.

Los mercados bursátiles mundiales se desplomaron a consecuencia de la rebaja de la calificación crediticia a Estados Unidos hecha por la agencia *Standard & Poor's* (S&P). A pesar de que el presidente Barack Obama intentó calmar los mercados y defender la economía estadounidense, las acciones en Estados Unidos cerraron con pérdidas profundas. *Wall Street* sufrió su mayor caída en casi tres años porque los inversionistas masivamente huyeron hacia la compra del oro, cuyo precio se encuentra cerca de 1.800 dólares la onza.

Las proyecciones económicas actualizadas del FMI no contemplan una recesión global, aunque sus autoridades reconocen que los riesgos han crecido. Christine Lagarde, Directora Gerente del Fondo Monetario Internacional, en su discurso del 15 de septiembre de 2011, sobre los *Desafíos económicos globales y soluciones globales*, reconoció que después de tres años del colapso de *Lehman Brothers*, el panorama económico se ve gris y turbulento, puesto que «el crecimiento mundial se está desacelerando, las tensiones financieras están intensificándose, la crisis en la zona del euro se ha agudizado y los países avanzados en particular se enfrentan a una recuperación anémica y accidentada, con niveles inaceptablemente altos de desempleo».¹ Mientras muchas economías avanzadas se enfrentan a vientos fríos en contra, Christine Lagarde advirtió que los mercados emergentes soportan una ola de calor excesivo: presiones inflacionarias, fuerte crecimiento del crédito, aumentos de los déficits en cuenta corriente. Por su parte, los países de bajo ingreso siguen siendo muy vulnerables a los trastornos económicos en el resto del mundo, como la volatilidad de los precios de las materias primas y sus elevados costos sociales.

A tres años de la recesión desatada en 2008, tras haber recortado las tasas de interés a cerca de cero y luego de haber inyectado masivas cantidades de dinero a la economía para apuntalar su crecimiento, el Banco Central de Estados Unidos no tiene espacio de maniobra, más aún cuando es difícil incrementar el gasto del gobierno, debido al enorme déficit fiscal.

Mientras Europa está sumergida en una crisis de deuda que frena el crecimiento en ese continente, diversos analistas no descartan la probabilidad de una nueva recesión en la economía mundial. En Estados Unidos de América, a julio de 2011, el Producto Interno Bruto (PIB) se expandió a un ritmo anual de uno por ciento, luego que los inventarios de las empresas y las exportaciones fueron más débiles de lo previsto.

La crisis mundial ha convocado a miles y miles de personas a protestar contra el actual orden global. Si bien la primavera árabe surgió por la demanda de la democratización de sus países, no es menos cierto que las revueltas sociales se desencadenaron luego de que el joven Mohamed

1 Lagarde, Christine, *Desafíos económicos globales y soluciones globales*, discurso en el Centro Woodrow Wilson. Washington DC. <http://www.imf.org/external/spanish/np/speeches/2011/091511s.htm>

Bouáziz se prendió fuego en Túnez, al seguir desempleado luego de cinco años de estudios universitarios.

Los indignados en España protestan contra el desempleo y el poder financiero; y el movimiento *Ocupa Wall Street* protesta contra el poder financiero, el desempleo, y la discriminación laboral, por la edad, el color de la piel, la identidad de género y la orientación sexual.

Las protestas sociales han venido creciendo durante este año: el pasado 15 de octubre tuvo lugar la primera convocatoria de movilización social global, donde personas de 951 ciudades, en 82 países, hicieron suya la protesta contra la crisis, el desempleo y el poder financiero. Sin embargo, estas protestas no cuentan aún con un programa anti-crisis que permita configurar una alternativa sistémica a la crisis actual.

A primera vista, la actual crisis financiera no es la primera, ni será la última, del actual sistema mundo; sin embargo, si analizamos los vínculos estructurales existentes entre la crisis económico-financiera internacional y la crisis energética y ecológica global, no hay duda que la humanidad atraviesa por una crisis de civilización, y que las alternativas para la humanidad aun no se vislumbran en el horizonte inmediato. La crisis, entonces, refleja también una crisis de pensamiento.

El libro, *Siglo XXI: crisis de una civilización, ¿fin de la historia o el comienzo de una nueva historia?*, escrito por Wim Dierckxsens, Antonio Jarquín y Paulo Campanario, todos ellos integrantes del Observatorio Internacional de la Crisis, analizan exhaustivamente los aspectos económicos y financieros de esta nueva fase de la crisis global; pero, además, plantea el desafío de abordar el estudio de la crisis desde un enfoque mucho más profundo, elaborando nuevos paradigmas de interpretación de la realidad, los mismos que nos permiten comprender que, en la actualidad, la humanidad se debate frente a una profunda Crisis de Civilización.

Luego de estudiar las perspectivas de la crisis mundial, el lector encontrará los retos y amenazas de la humanidad ante un cambio civilizatorio, y, el lugar y rol estratégicos de América Latina y el Caribe en este proceso.

Jorge Orbe León
Decano de la Escuela de Relaciones Internacionales José Peralta
INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES

Introducción

La complejidad de la crisis actual

Con el presente trabajo, deseamos analizar distintos aspectos de la crisis y la depresión mundial del siglo XXI, desde una perspectiva transdisciplinaria, y cómo percibimos tales problemas al iniciarse la segunda década del mismo siglo. Profundizaremos en la crisis en sus diferentes aspectos, es decir, tanto desde la perspectiva económica financiera cuanto tomando en cuenta las crisis geopolítica, militar, energética, alimentaria, ecológica, ética y social. Son múltiples las crisis simultáneas que hoy enfrenta la humanidad. Su complejidad no permite una adecuada comprensión con un abordaje desde una única disciplina del conocimiento ni, de hecho, con un enfoque interdisciplinario. Es preciso romper las fronteras creadas artificialmente entre las diversas disciplinas. Pensamos que se requiere un abordaje transdisciplinario y dialéctico que permita entender la interconexión, magnitud y complejidad del problema. Buscamos respuestas que no se limiten a la crisis en su dimensión económica, sino respuestas más integrales y emancipadoras desde la óptica de los pueblos oprimidos en el Sur.

En nuestra opinión, a partir de marzo de 2009, contrario a lo que los grandes medios suelen sostener, el mundo no se recuperó de la llamada crisis crediticia. A escasas alturas del año 2010 se vislumbró que la crisis más bien se estaba agudizando, proceso que tomará años y tal vez toda esta década que iniciamos. Como es natural, dada la complejidad de los temas y principalmente por su mirada hacia el futuro, no siempre es posible conseguir unanimidad de criterios en equipo y habrá matices distintos y opiniones variadas, dado, sobre todo, lo impredecible de las diversas situaciones futuras. No nos limitaremos a analizar el pasado reciente y el estado actual de la crisis; procuraremos además señalar posibles tendencias futuras difícilmente predecibles. Queremos indicar algunos peligros de la crisis más allá de lo económico, pero, a la vez, las oportunidades que pueda brindar la crisis para los pueblos oprimidos en general y los del Sur en particular. Hemos optado por un análisis más prospectivo, para la toma de acción ante los escenarios posibles.

Los miembros del Observatorio Internacional de la Crisis, lo mismo que otros estudiosos cercanos, alertamos por años, en numerosos escritos, libros y foros, acerca de lo que se ha venido gestando en el mundo actual: una gran crisis mundial económica, social, política, militar, energética, alimentaria, ecológica y hasta ética, sin precedentes, producto de la conjugación de múltiples contradicciones durante décadas. Si bien nos encontramos en un período bien crítico, contradictoriamente, es de igual modo una era de oportunidades para construir un nuevo camino que permita asegurar la paz, la democracia, la libertad, la justicia, la dignidad humana, la equidad en el progreso, la seguridad común y la vivencia de los seres humanos en armonía con el planeta Tierra. Son objetivos y valores que no deben estar sujetos a manipulación, renuncia o negociación, y que deben ser defendidos por encima de partidos políticos, razas, ideologías y religiones, hasta alcanzar un equilibrio razonable entre los seres humanos entre sí y entre estos y la naturaleza.

Desde el surgimiento del capitalismo, ha habido crisis cíclicas o periódicas, de menor o mayor intensidad, extensión o duración. Esta vez, sin embargo, se trata de una crisis nueva, con características distintas, es una crisis más extensa, profunda, multidimensional y con alcance global. Nos referimos, más que a otra crisis cíclica del capitalismo, a una gran crisis estructural en el marco de una *crisis de la civilización*, con el potencial para rediseñar eventualmente la geografía socioeconómica y la historia planetaria. Se trata del encadenamiento de múltiples crisis, comenzando con la financiera y económica, con la que convergen muchas otras. Todas estas crisis juntas operan hoy a la vez en un escenario donde concurren otras, tan o más graves aún que la crisis económica misma. Entre ellas, la ecológica, acentuada por el muy probable calentamiento global; la energética y la de los recursos naturales; la agrícola y alimentaria, que amenaza a los pueblos más marginados de este planeta; la ética e ideológica, pues las ideas, la racionalidad y los principios morales derivados de la misma racionalidad económica, que siempre dieron sostén al injusto modelo de civilización actual, también entran en crisis.

La crisis económico financiera —como en adelante veremos— afecta la economía real en todos los países y es, por ende, global. Se expresó, entre muchas otras cosas, en el incremento descontrolado del endeudamiento privado y público, la volatilidad de las monedas ya no solo en los países periféricos como sucedió en décadas pasadas, sino en el epi-

centro de la actual crisis, el corazón del imperio: los Estados Unidos. Si se expresó primero como una crisis crediticia e hipotecaria de la banca, rescatada con enormes deudas asumidas por los Estados, ahora está presente la amenaza de una bancarrota de los propios gobiernos en los países centrales. El incremento de la deuda pública no sirvió para reanimar la economía. La inversión productiva en los EE. UU., por ejemplo, disminuyó un 24% desde fines de 2007, lo que ha causado mayor desempleo y afectado los ingresos. Las deudas sin capacidad de pago y la caída de los ingresos conllevan una contracción generalizada en la demanda. La crisis en la economía real, en otras palabras, se ha hecho evidente.

Los medios dominantes comunicaron, a partir de marzo de 2009, que se había logrado superar la crisis bancaria que se anunció desde mediados de 2007. Para ello, hubo necesidad de una inyección billonaria para salvar a los bancos principales. Tales bancos eran demasiado grandes para dejarlos caer, fue el argumento. Lo que en realidad querían decir es que la élite bancaria tenía demasiado poder político como para dejarla caer. Lo cierto es que los Estados trataron de evitar el colapso de los bancos más grandes, que fueron precisamente los mayores responsables de esta crisis. En este rescate, los bancos centrales ocuparon el primer lugar, con la Reserva Federal de los EE. UU., epicentro de la actual crisis, a la cabeza. Ya en los meses de septiembre y octubre de 2008, estas operaciones de rescate llegaron a millones de millones de dólares (trillones) y continuaron en 2009.

Pero los bancos y sus comportamientos irresponsables y fraudulentos han sido más bien responsables de la crisis en la economía real. En efecto, en vez de ayudar a recuperarla, volvieron a la economía de casino, con lo que provocaron todavía más daño en casi todos los espacios económicos mundiales. Las intervenciones de salvamento de la gran banca, en otras palabras, en vez de brindar una solución para la economía real, estimularon que se continuara con más de lo mismo: la acumulación de capital ficticio a costa de capital real. Con ello aumentó la volatilidad en el sistema económico mundial, y de ahí el creciente acentuamiento actual de la incertidumbre económica, social y política. Porque, en lugar de vislumbrarse una salida a la crisis, la perspectiva futura se ha oscurecido todavía más. De esta forma, la supuesta recuperación pregonada por los medios dominantes hacia finales de 2009, e incluso en las primeras semanas de enero de 2010, se esfumó ya al final de ese mes, cuando se vislumbró una profundización de las causas de fondo de la crisis.

La crisis alimentaria y de acceso a las principales necesidades básicas afecta hoy a la mitad de la humanidad, al tiempo que una minoría siempre más pequeña, ubicada en los países ricos —aunque también en las capas más acomodadas de los países periféricos—, muestra un consumo caracterizado por el derroche y los excesos. Ante la escasez relativa de las fuentes energéticas, ha comenzado una competencia entre agrocombustibles y alimentos, que a su vez lleva a una batalla por el uso de la tierra. Lo anterior limita y encarece la producción de alimentos. La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) anunció, en 2009, la existencia de al menos 1.020 millones de personas viviendo con hambre, 53 millones de las cuales viven en América Latina y el Caribe. En una economía caracterizada por el derroche y los excesos en el ámbito del consumo, pero asimismo por la forma de producción, el recurso del agua se torna más escaso. Por eso no es ya únicamente un recurso que escasea; es además un recurso estratégico y motivo de conflictos internacionales. Miles de millones de seres humanos viven en situación de pobreza, a menudo con hambre y falta de agua, de modo particular en el llamado Tercer Mundo, panorama que tiende a empeorar con la crisis.

Una de las características que más diferencian esta depresión de las anteriores es la crisis energética y climática. El agotamiento de las reservas energéticas fósiles y no renovables, de minerales y materias primas, es un hecho jamás antes percibido. Desde el año 2010, ha sido anunciado el llamado *Peak Oil*. Se ha alcanzado, en otras palabras, el punto máximo de la oferta petrolera sin llegar a satisfacer la demanda que crece sin cesar. Por consiguiente, en adelante, la oferta de este recurso energético tenderá a disminuir, aunque la demanda continúe aumentando. El incremento sistemático de su precio será la consecuencia lógica. Con ello, probablemente se acentuará la lucha entre las grandes potencias por controlar y acaparar las reservas energéticas fósiles, muchas de ellas ubicadas en los países periféricos en general y así también en América Latina y el Caribe. Mientras, otras tecnologías y recursos energéticos renovables están lejos de poder sustituir al petróleo. Pero no solo nos encontramos en el *Pico del Petróleo*; igual ocurre con algunos minerales que también llegaron a su pico máximo de extracción. Esta tendencia se enfatizará en las próximas décadas. Luego, el propio paradigma del crecimiento sostenible, base fundamental de la acumulación perpetua del

capital, ha entrado en una crisis sin salida. Nos hallamos, entonces, ante una crisis del propio sistema capitalista.

Otra cara de la crisis del siglo XXI es la gran inequidad en el uso de los recursos naturales. Su uso actual no alcanza siquiera para atender el estilo occidental de vida de menos del 20% de la población mundial, concentrada en el Norte. Esta minoría consume más del 80% de todos los recursos naturales del planeta. El impacto ecológico de esta minoría contribuye de manera directa a la crisis climática. Por tanto, no son los pobres de la tierra y su llamada *población galopante* quienes amenazan el planeta. Los pueblos periféricos tienen el legítimo derecho de reivindicar la apropiación de sus propios recursos para garantizar su sobrevivencia; sin embargo, las élites de los países centrales perciben tal reivindicación como una amenaza. Así pues, si hipotéticamente la humanidad llegase a la barbarie y se exterminara a los pueblos pobres sobre la faz de la tierra —como intentó Hitler con el pueblo judío—, ello no resolvería la crisis ecológica, por cuanto no son estos pueblos los que acaban con los recursos, sino que más bien suelen ser sus proveedores netos.

La crisis ecológica, el calentamiento global y el daño progresivo a los ecosistemas son consecuencia de la sobreexplotación de los recursos naturales y de su uso irracional. Y si bien todas las regiones del mundo sufren las consecuencias, estas afectan con mayor intensidad a las zonas más deprimidas y a los sectores más empobrecidos. Las sequías, los huracanes y las temperaturas extremas en extensas regiones del planeta, cada vez más comunes en la primera década del presente siglo, son un anuncio de lo que seguirá en los próximos años y décadas. En algo más de dos siglos de revolución industrial, el sistema capitalista ha destruido mucho de lo que la naturaleza tardó millones de años en construir. Esta destrucción, que se dio primero en el centro, se expandió a los países periféricos dotados con las mayores reservas de recursos naturales ferozmente disputadas por las élites de poder en los países dominantes. Llama la atención que la racionalización en el uso de los recursos naturales en general y los energéticos en particular se da sobre todo en el ámbito del consumo y no en el de la producción. Llama la atención asimismo que las bases militares, los conflictos y las guerras tiendan a ampliarse en distintas zonas periféricas del planeta, precisamente ahí donde se ubican los recursos naturales estratégicos.

Una crisis muy peculiar de este régimen de producción la constituye la crisis del capital ficticio. El capital ficticio no es el capital mismo sino su representación o forma derivada de él, bajo la forma de acciones, títulos de deuda pública y privada. En los últimos decenios, este desarrollo se completó con segundas y terceras formas de derivados, sobre todo, mediante el sistema de aseguramiento. Tal desarrollo permite intercambiar entre sí todas las formas de capital ficticio. Dicho capital, por ende, posibilita que el capital se pueda transar con mayor facilidad; con ello, aumenta la rapidez de su circulación, uno de los factores principales del incremento de las ganancias ficticias. De acuerdo con Jorge Altamira, el desarrollo del capital ficticio es la forma última del capital, cuando este ha perdido su forma concreta con el trabajo y cuando el capitalista se ha transformado en un parásito absoluto, que prospera por medio de la pura transacción de papeles (Altamira 2010).

Este capital ficticio produjo la ilusión de que el capital se había despojado de todas las trabas para su desarrollo, vale decir que podía recrearse a sí mismo y crear los mercados para esa reproducción con independencia de la clase trabajadora, o sea con independencia de la creación de plusvalor, burlándose de esta única vía de creación de riqueza en el capitalismo. Una manifestación de este capital ficticio fue el desarrollo del crédito hipotecario y del consumo para compensar la tendencia a la caída de los ingresos personales de los usuarios. La expresión más abstracta de este desarrollo es la circulación de un dinero que no posee valor propio, y que da la impresión de ser una creación *científica*, esto es «ca-prichosa», de las autoridades de los bancos centrales.

La caracterización de la crisis queda más clara cuando se observa que el sistema financiero (bancos, fondos, compañías de seguros) tiene un *apalancamiento* (proporción entre capital y fondos propios, por un lado, respecto a inversiones y créditos, por el otro) de uno a treinta y hasta sesenta. Esto significa que los bancos compraron bonos con un múltiplo enorme de dinero ajeno, es decir, sin respaldo. Con el salvamento de los bancos, se repite el mecanismo que detonó la bancarrota de que hablamos con los créditos hipotecarios y las obligaciones de corporaciones, pero en esta oportunidad con un papel sin precedentes del Estado. Este reemplazó a los deudores hipotecarios y corporativos de un año atrás, y también a los proveedores de fondos de los bancos mediante la emisión monetaria de sus bancos centrales.

Los bancos centrales inyectaron sumas varias veces billonarias (millones de millones de dólares) por diversas vías, con vistas a evitar la quiebra generalizada de los bancos. Las principales medidas que utilizaron fueron:

- Las compras de los activos devaluados e invendibles de los bancos, a precios de libros o a un precio artificial basado en *modelos matemáticos*.
- La compra masiva de títulos públicos y de hipotecas, o de títulos garantizados por hipotecas de propiedades desvalorizadas.
- El otorgamiento de garantías a los bancos.
- La reducción a casi cero de las tasas de interés de sus préstamos a los bancos privados.

Casi ninguna de las deudas del pasado (hipotecarias, corporativas, créditos al consumo, etc.) ha sido cancelada y el plus de la deuda fiscal ha originado una situación financiera mundial varias veces más explosiva. En una palabra, el capital creyó que había superado la ley del valor y que la economía podía funcionar sobre la base de precios sin relación con el tiempo de trabajo social, necesario para la producción de las mercancías correspondientes y sin relación con la capacidad de consumo final de las personas. La actual crisis consiste precisamente en el estallido de tales contradicciones (Altamira 2010).

Para algunos autores, la crisis actual no indica el *pinchazo* del capital ficticio y, por consiguiente, en lugar de una gran depresión histórica de la reproducción capitalista, sostienen que la crisis despejará el terreno para una expansión mayor aún del capital en su forma más abstracta. No obstante, afirma Altamira y nosotros con él,

...si se considera el antecedente de Gran Depresión del siglo pasado, esta expectativa es ilusoria, pues el capital recuperó la tendencia a su forma más abstracta de constitución social, solamente al cabo de sesenta años, luego de una guerra mundial sin precedentes y revoluciones sociales colosales, y finalmente como consecuencia de una reversión (Altamira 2010).

La inundación con valores ficticios de todos los mercados mundiales, principalmente desde los EE. UU., es un grave problema global sin solución. A nivel global, la destrucción de capital ficticio es inevitable. A

nivel individual, con todo, es posible transformar ese capital ficticio en capital real. Los capitales ficticios individuales buscan hacerse reales donde y como sea, y esto tiende a reforzar la transferencia de riqueza real desde el Tercer Mundo, lo mismo que desde las clases trabajadoras y medias de los países centrales. Así, esos capitales pueden hacerse reales, por ejemplo, mediante la compra de extensiones inmensas de tierras ubicadas en los países periféricos para la producción de agrocombustibles. Frente a la escasez creciente de minerales, el colonialismo de nuevo estilo vuelve a adquirir y ocupar territorios ricos en recursos naturales, incluso, con presencia militar. Los trabajadores verán retrasarse su edad de retiro, no porque la esperanza de vida aumentó, sino para hacer pagar a la clase trabajadora la deuda fiscal creada para salvar a los bancos. Los trabajadores pagarán los platos rotos de la crisis, vía diferentes mecanismos. Y ante sus protestas y acciones de rebelión, se incrementa la represión, hasta con presencia militar, como se observa en Grecia, por ejemplo.

En medio de la crisis de la economía real, el comercio internacional muestra una fuerte contracción. Las importaciones de los países centrales caen y cada vez hay más síntomas de proteccionismo. Por ejemplo, entre julio de 2008 y junio de 2009, las importaciones estadounidenses cayeron más del 30%. De cara a esta situación, para los países periféricos, no queda otra opción que volcarse hacia dentro, como es el caso claro de China. Luego, no es por mero voluntarismo que, en los países periféricos, se comienza a hablar del *decoupling* o la *desconexión* de los países ricos para lograr salir adelante en medio de la crisis internacional. En estos países, la economía especulativa y el capital ficticio han impactado menos que en los centrales. En las últimas décadas, la economía real más bien se ha concentrado relativamente en los países periféricos. Por tal motivo, el impacto de la crisis en la economía real no se ha dado con toda su fuerza en las economías periféricas, y de modo especial en los países emergentes, donde el crecimiento de dicha economía ha sido elevado. Las economías emergentes, con China a la cabeza, cobran mayor conciencia de que, por decenios, han estado subsidiando con su riqueza real la acumulación en los países centrales (los EE. UU. sobre todo) y, ante la crisis en los centros de poder, reivindican un papel de mayor peso político. De ahí la relevancia adquirida por el G20 con la crisis.

Desde el inicio de la época neoliberal, ha habido más bien un proceso de anejiación de las economías periféricas. Este proceso se ha realizado —entre otros— por medio de instrumentos creados a partir de Bretton Woods, como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial de Comercio, los tratados de libre comercio, la deuda externa, las especulaciones contra monedas en el Sur y toda clase de operaciones financieras y especulativas, además de las prácticas ya existentes de subvaloración de las importaciones desde el Sur y sobrevaloración de las exportaciones desde el Norte. En medio de la crisis, la caída del comercio internacional junto con un proteccionismo en aumento, brindarán a los países periféricos la oportunidad y necesidad creciente de sobrevivir por su propia cuenta. Con el tiempo y una profundización de la crisis, podría incluso darse una crisis más o menos generalizada de las monedas fuertes en el mundo, lo que complicaría sobremedida el comercio internacional. Esto aceleraría el proceso de desconexión ya en marcha y brindaría oportunidades y necesidades históricas para buscar alternativas más allá del régimen capitalista.

En medio de la crisis y de cara al incremento del desempleo, se da la migración de retorno de los países centrales hacia los periféricos en general y hacia América Latina y el Caribe en particular. La migración desde el Sur se vislumbraba como una oportunidad de salvarse a nivel individual o familiar, en vista de las escasas oportunidades de trabajo en los países de origen. Pero, en tiempos de crisis, la mano de obra relativamente sobra y suben las tasas de desempleo. Los trabajadores migrantes, así como las mujeres y minorías étnicas, son más desechables. Las élites en el poder procuran dividir a la clase trabajadora mediante el fomento del racismo, el sexismo y la xenofobia, y esto puede llegar a extremos, al punto que existen claras tendencias neofascistas a la vista. La migración de retorno, en un contexto de xenofobia y gran inseguridad económica, acaba con el *sueño americano* en los países latinoamericanos y caribeños, y obliga a pensar en construir un proyecto menos individual, y por ende más político, en sus propios países. Lo anterior podría generar una conciencia política alternativa, que brinde base ideológica a la desconexión. Algo por el estilo ha acontecido ya en El Salvador, y bien podría darse en otros países al agudizarse la crisis.

Los crecientes brotes de neofascismo al principio de la depresión, entonces, podrían dividir aún más a las clases trabajadoras y medias del Norte, las cuales cuentan con una fuerte presencia de migrantes del Sur.

Sin embargo, la profunda crisis que amenaza la sobrevivencia de grandes mayorías tanto en el Norte como en el Sur, revelará que tal como ocurrió durante la Gran Depresión del siglo XX, *el sálvese quien pueda* no salvará a nadie de la clase trabajadora. Si a esta crisis agregamos las amenazas ecológicas y hasta el peligro de una gran guerra, podría darse una alianza política de los trabajadores que trascienda las fronteras entre Norte y Sur. Es que, en medio de semejante crisis de la civilización, el Bien Común se encuentra más lejos, pero es más necesario que nunca. En tal coyuntura, la ética solidaria podría triunfar sobre la ética del *sálvese quien pueda*. Luego, una conciencia solidaria y de ciudadanía mundial, por encima de las divisiones entre culturas, fronteras, razas, generaciones, sexos, religiones, idiomas y costumbres, se avizora en el horizonte como tabla de esperanza y salvación frente a una profunda crisis de la civilización.

Sin embargo, no podemos cerrar los ojos ante las líneas divisorias que se acentúan en la actualidad con las radicales posiciones xenofóbicas, racistas y excluyentes, fomentadas por las élites en el poder, sobre todo, si bien no exclusivamente, en los países centrales. Esas élites y los medios masivos dominantes promueven visiones fatalistas, que alientan la aparición de extremismos fundamentalistas religiosos, enfrentamientos entre culturas y otras divisiones entre los seres humanos. La tesis del *sálvese quien pueda* es funcional a tales élites, pues son conscientes de las rebeliones populares latentes que amenazan la estabilidad y la gobernabilidad. Para reprimirlas, están propiciando una mayor militarización al interior de los países, así como un escenario amenazador en la política internacional. Con lo anterior, esas élites en el poder buscan fomentar un totalitarismo a escala planetaria e, incluso, amenazan con grandes conflictos militares.

En particular en el Sur, aumenta en efecto el cuestionamiento, la deslegitimación de gobiernos y partidos políticos, la demanda de la construcción de espacios y procesos democráticos participativos. Es una era de notoria incertidumbre a escala mundial; sin embargo, los grandes procesos de desconexión y ruptura con la racionalidad vigente han ocurrido justo en estas coyunturas internacionales. Estamos, pues, frente a una cultura occidental en profunda crisis. Son tiempos de explotación descarada, enajenación y desesperanza, pero, contradictoriamente, es a la vez una época de esperanza, ya que podría darse un cambio esencial en las estructuras mismas del sistema y no apenas una refor-

ma. Aquí vuelve a ser de mucha actualidad la histórica tesis de *barbarie o socialismo*.

Hay una crisis política internacional con una feroz disputa por los espacios mundiales. Y la guerra es el instrumento que las élites en el poder suelen utilizar para apropiarse de los recursos naturales y, en particular, los energéticos como en Iraq y Afganistán, o para resolver sus contradicciones geopolíticas. América Latina y el Caribe, patio trasero del actual centro imperial, no se hallan al margen de esta estrategia geopolítica y podrían eventualmente formar parte del escenario de una guerra mayor. Esto porque, ante las eventualidades de una guerra más amplia, los recursos naturales y energéticos de la región son estratégicos para los EE. UU. El golpe de Estado en Honduras, la presencia de la Cuarta Flota estadounidense en aguas latinoamericanas y caribeñas y la decisión de instalar bases militares en Colombia, justo a la par de Venezuela (segunda reserva de petróleo a nivel mundial), son claro ejemplo de ello, como ya señalamos en nuestra publicación anterior (DEI 2009).

Crece el convencimiento de que existen límites al crecimiento económico. Con ello, el desarrollo del capital (o de valor, en términos más abstractos) también llega a sus límites. Surge la pregunta que todos se hacen: ¿Hay alguna solución para salvar el régimen existente? Una eventual salida tendría que darse en el contexto de una economía estacionaria. Sin crecimiento o proceso de valorización; no obstante, no hay capitalismo posible. Estamos, por tanto, ante un período de transición en el cual la hegemonía, hoy en manos del valor, tiende a ser sustituida por la hegemonía del valor de uso. Con ello, pareciera que estamos ante una transición hacia otra civilización con otra cultura. Para su establecimiento, sin embargo, es imprescindible una inversión de la lógica de funcionamiento de las sociedades actuales, y por ende de los valores éticos, culturales e ideológicos vigentes.

Una utopía todavía difícil de percibir hoy se vislumbra en el horizonte. Frente a la creciente escasez de recursos y al limitarse las posibilidades de un proceso de valorización, la transición se torna una necesidad histórica. Esto implica una regulación económica, ya sea desde arriba o más bien desde abajo. En un período de transición, es posible que se desemboque en el centralismo del poder. Los valores de uso se definirían entonces para la sociedad como un todo, en vez de ser producidos para satisfacer intereses minoritarios (valores de uso individualizados).

Pero la misma transición en un contexto de desconexión abre espacios para reivindicar una democracia más directa y participativa en la definición de las necesidades. Con ello se modificaría el contenido de la producción, obviamente, sin los lujos exorbitantes y las inutilidades de hoy. Durante el proceso de transición, el valor tendería a reducirse a un medio de cambio para generar valores de uso y perdería la oportunidad de ser una finalidad en sí misma (Campanario 2009).

Bibliografía

ALTAMIRA, Jorge

- 2010 «Una piñata que no es solo griega». s/c: Observatorio Internacional de la Crisis. Febrero.

DEPARTAMENTO ECUMÉNICO DE INVESTIGACIONES

- 2009 *El mundo en la encrucijada de la Gran Depresión: Eurasia y América Latina* (edición bilingüe). San José: DEI.

CAMPANARIO, Paulo

- 2009 «Hegemonía del valor de uso social avanzado: clave para superar las sociedades actuales». s/c: Observatorio Internacional de la Crisis. Febrero.

Capítulo I

La Gran Depresión del siglo XXI: la función del trabajo improductivo y del capital ficticio

*Permítanme controlar el dinero de una nación y no me importará
quién haga sus leyes.*

Barón de Rothschild (banquero británico).

Los poderes del dinero practican la rapiña sobre la nación en tiempos de paz y conspiran contra ella en tiempos de adversidad. Son más despóticos que la monarquía, más insolentes que la autocracia y más egoístas que la burocracia. Denuncian como enemigos públicos a aquellos que cuestionan sus métodos o dan luces sobre sus crímenes. Tengo dos grandes enemigos: el Ejército del Sur frente a mí y a los banqueros a mis espaldas. De los dos, los de atrás son mis más grandes adversarios.

Presidente Abraham Lincoln -1866- (fue asesinado).

Quienquiera que controle el volumen de dinero en cualquier país es el amo absoluto de la industria y el comercio.

Presidente James A. Garfield -1881- (fue asesinado).

Soy el hombre más infeliz. He llevado inconscientemente a la ruina a mi país. Una gran nación industrial es controlada por un sistema de crédito. Nuestro sistema de crédito está concentrado. El crecimiento de la nación, por tanto, y todas nuestras actividades están en manos de unos pocos hombres. Nos hemos convertido en uno de los peor gobernados, uno de los más completamente controlados y dominados gobiernos en el mundo civilizado. No más un gobierno por la libre opinión, no más un gobierno por la con-

vicción y el voto de la mayoría, pero sí un gobierno bajo la opinión y coacción de una pequeña élite dominante.

Presidente Woodrow Wilson (1856-1924).

La oficina del Presidente ha sido usada para fomentar un complot para destruir la libertad de los americanos y antes que deje la Presidencia, debo informar a los ciudadanos de este estado de cosas.

Presidente John F. Kennedy (diez días antes de ser asesinado).

Llama la atención el que los presidentes estadounidenses asesinados, Lincoln, Garfield y Kennedy, defendieron intereses contrarios a las élites financieras. En nuestro artículo escrito al momento de ser elegido el actual presidente de EE. UU. Barack Obama (Dierckxsens 2008), ya señalamos que él tendría pocas opciones de implementar su propia política frente a la élite bancaria a menos que se arriesgara a mucho.

1. El trabajo improductivo como fuente de especulación

Para facilidad del lector no familiarizado con algunos términos aquí empleados, iniciamos con la siguiente aclaración: los economistas teóricos clásicos defensores o críticos del capitalismo, entre ellos David Ricardo, Adam Smith, Carlos Marx, Federico Engels y otros, coinciden en que la fuente de la riqueza es el trabajo humano que transforma los recursos que brinda la naturaleza, unidos a los instrumentos de trabajo y al conocimiento principalmente tecnológico. El resultado son bienes que van al mercado donde son demandados y comprados para satisfacer necesidades. Esto se conoce como *trabajo productivo*, que se realiza en el llamado *sector productivo o real* de la economía. De aquí surge un plusvalor o parte de la riqueza producida que, en el sistema capitalista, se acumula y se convierte en capital, o sea, que este no es más que *riqueza acumulada* originada en el *sector productivo*. Es importante saber que no toda la riqueza generada adquiere forma material. Hay servicios productivos como la educación, el transporte, la distribución de agua o energía eléctrica, las telecomunicaciones, los espectáculos, entre muchos otros. La generación de estos servicios productivos (verbigra-

cia el transporte o el espectáculo) no puede realizarse sin su consumo simultáneo. Se trata de creación de riqueza real no material. Sin la producción de riqueza real no puede haber *crecimiento real* y cualquier otro llamado *crecimiento es ficticio* desde el punto de vista de su contenido.

Existe, por otro lado, el *trabajo improductivo* por su contenido. El carácter improductivo no implica que se trate de trabajo innecesario o incluso nocivo. El seguro contra incendios o el servicio de los bomberos son servicios improductivos necesarios y útiles para el conjunto de una sociedad. Al quemarse un edificio o inmueble, se pierde riqueza. El seguro se encarga de repartir esta riqueza perdida, y los bomberos procuran evitar un mayor daño. El seguro contra incendios, lo mismo que los seguros contra robos, pérdidas, accidentes o desastres naturales, son un trabajo útil que no crea riqueza nueva, sino reparte la riqueza destruida por algún incidente. La póliza que se paga para ser compensado ante el eventual suceso constituye la base de la redistribución de lo perdido. De esta forma, los seguros permiten que la sociedad en su conjunto funcione mejor y prueba así de manera indirecta su carácter productivo. El hecho de que las aseguradoras privadas funcionen con ganancia y operen como capital las hace aparecer como productivas desde la óptica de la forma o relación social dominante. Lo esencial para el capital es que la actividad dé ganancia, no importa su contenido. Lo anterior hace que toda actividad que genera ganancia nos aparezca en la sociedad como productiva. Lo anterior, sin embargo, no elimina el carácter improductivo de tal actividad por su contenido, carácter que suele revelarse en tiempos de crisis como hoy.

El mero acto formal de traspaso de posesión o propiedad no constituye un servicio productivo por su contenido, ya que no crea riqueza, solo la traspasa de manos. Esta actividad puede hacerse por cuenta propia o como empresa con ganancias, pero lo anterior no quita que la actividad, desde la óptica de su contenido, sea improductiva. El trabajo de los abogados, los corredores de bienes raíces, el comercio y la banca son ejemplos de servicios improductivos que trabajan sobre la propia relación social vigente de la sociedad. Un mismo edificio suele venderse más de una vez en un año en tiempos en que reina la especulación. Lo anterior no acrecienta la riqueza creada. La actividad del corredor de bienes raíces y del abogado que hace la escritura constituyen un *trabajo improductivo* desde la óptica de su contenido. Si bien una empresa pue-

de obtener ganancias al brindar estos servicios, la actividad como tal no produce riqueza.

La lotería y los casinos redistribuyen, al azar, riqueza ya existente y son actividades improductivas por su contenido. Igualmente lo son los casinos más grandes del mundo actual: las bolsas de valores. La actividad en la especulación en general y en las bolsas de valores en particular constituye un trabajo improductivo por su contenido, con independencia de que sea útil o no para la sociedad en su conjunto. Lo anterior explica también por qué, en términos de obtención de beneficios para una empresa dedicada a la especulación, puede resultar ser el mejor negocio en épocas de bonanza y el mayor desastre en tiempos de crisis.

Todo producto generado en un ciclo económico y utilizado improductivamente en el siguiente, se transforma en un trabajo materializado que es consumido improductivamente. De esta forma tenemos que el trabajo productivo en un ciclo económico se torna improductivo en el siguiente, al consumir ese trabajo materializado de manera improductiva. Es el caso, por ejemplo, de todos los edificios y equipos empleados en los casinos o para el trabajo especulativo. Ahora, el carácter improductivo del consumo de un producto determinado no siempre se revela ya en el ciclo económico siguiente. Así, en el complejo industrial militar, puede haber varios años de producción antes que se concluya el producto final que, en el mejor de los casos, nunca se usa. Es más, al ser utilizado más bien suele destruir riqueza existente. Al no ser utilizados en el proceso de reproducción material, los productos finales del complejo industrial militar no encadenan el proceso de reproducción global a un nivel superior y, por el contrario, restan fuerza a ese proceso. Dicho en otras palabras, al invertir un gobierno porcentualmente más en armamento, se tendrá a mediano plazo una contracción en la economía. De ahí se deriva su carácter improductivo.

En el complejo industrial militar, además de consumir improductivamente riqueza material, al usar el producto final en conflictos, se extingue riqueza producida. Lo anterior no elimina que el capital invertido en este sector pueda originar cuantiosas ganancias. Desde la óptica de la forma, es decir, por los beneficios que genera, resulta ser un sector muy productivo. Podemos llamarlo el subsector improductivo-destructivo o de capital destructivo. Conocemos el impacto negativo del gasto en defensa sobre las posibilidades de mantener el gasto en educación y sa-

lud. El primero opera en beneficio del capital, los otros benefician más a la clase trabajadora. En la actualidad, y en particular en los EE. UU., se pretende escapar a la presente crisis con ascendentes inversiones en el complejo industrial militar para, de ese modo, mantener su hegemonía en riesgo. Tratan de mantenerla aunque sea bajo la amenaza de guerra. El incremento en el gasto de defensa que conlleva es un gasto improductivo e insostenible, que dañará aún más la ya deteriorada situación económica de ese país.

2. El capital a interés como fuente del capital ficticio

Para entender el capital ficticio, es importante entender algunas funciones del préstamo en dinero. Es un tema muy complejo e imposible de abordar a cabalidad aquí. Nos limitaremos a algunas nociones que creemos necesarias. El dinero, en su forma más general, no es otra cosa que un instrumento para facilitar el intercambio de bienes y servicios a través de equivalentes socialmente establecidos. El dinero en su forma originaria (ya sea oro, plata, cacao, etc.) es una mercancía que, como unidad de cuenta, sirve para expresar las relaciones de intercambio de todas las demás mercancías. Hoy, el dinero adquiere forma de papel e incluso digital. Las transacciones de todas las mercancías se realizan siempre a cambio de dinero, pero esto no es necesario ni de hecho ocurre actualmente en la realidad. Una mercancía se puede vender tanto al contado como a crédito. Y no solo existe crédito para la compra y venta de mercancías, también se otorga crédito para realizar inversiones. Estas inversiones pueden ser productivas o no.

Aquí nace la primera forma de capital ficticio y especulativo. El capital a interés adquiere gran relevancia y dimensión en el desarrollo del sistema capitalista en su fase industrial, al estar el crédito subordinado de manera directa a la lógica del capital industrial. Al desarrollarse el sistema de crédito en esta etapa del capitalismo, el objetivo primordial es el de financiar la producción. El capital productivo únicamente demandará dinero, si el interés a pagar es menor que la tasa de beneficio que espera obtener con su inversión. En este contexto, el capital a interés contribuye de modo indirecto a fomentar la riqueza real. Al mismo tiempo que se apropia de una parte de la plusvalía generada en el sector productivo, el capital a interés (la banca) aumenta la eficiencia de la pro-

ducción del excedente, así como la velocidad de reproducción del ciclo del capital.

Hay poseedores de dinero, como los bancos, que no se dedican a invertirlo en actividades productivas; comercian con él. Lo prestan, no a cambio de otra mercancía, sino de ese mismo dinero más un interés al cabo de un tiempo. Este dinero, entonces, es una mercancía que se da y se recibe en préstamo y su precio es el tipo de interés que está regido por la oferta y la demanda de ese dinero. Debemos aclarar que capital a interés, que financia la producción o la circulación, es una cosa; y el capital ficticio es cosa totalmente distinta, aunque este nace como consecuencia de la existencia del primero. Lo que hay que considerar aquí es el hecho de que el capital a interés, por sí mismo, produce una ilusión social y es justo a partir de ella que aparece el capital ficticio. En el capitalismo, la existencia generalizada del capital a interés, cuyo significado aparente es el hecho de que toda suma considerable de dinero genera una remuneración, produce la ilusión contraria, vale decir, la de que toda remuneración regular debe tener como origen la existencia de un capital. Dicho capital en sí no necesariamente tiene mayor significación para el funcionamiento del sistema económico, y en tal caso puede ser llamado *capital ilusorio* (Carcanholo y Sabadini s/a).

Sin embargo, cuando el derecho a tal remuneración está representando por un título que puede ser comercializado, vendido a terceros, se convierte en *capital ficticio*. El título comercializable es la representación legal de esa forma de capital. El ejemplo tal vez más simple de la existencia de capital ficticio está constituido por una concesión pública, a particulares, del derecho de utilización comercial de una frecuencia de radio o televisión, cuando dicha concesión, realizada a cambio de favores políticos o de cualquier otro tipo, puede ser vendida a terceros. Luego, el capital ficticio nace como consecuencia de la existencia generalizada del capital a interés, si bien es el resultado de una ilusión social. Y ¿por qué debemos llamarlo capital ficticio? La razón, concluyen Carcanholo y Sabadini, reside en el hecho de que, por detrás de él, no existe ninguna sustancia real y porque no contribuye en nada a la producción o la circulación de riqueza, por lo menos en el sentido de que no financia ni el capital productivo ni el comercial.

3. Capital especulativo, capital ficticio y la Gran Depresión

Las acciones de las empresas constituyen una forma de capital ficticio por el hecho de que representan una riqueza contada dos veces: una, el valor del patrimonio de la empresa; otra, el valor de las acciones mismas, cuyo valor se mueve con frecuencia con independencia del valor del patrimonio de las empresas. La prueba de que esto es verdad es que ambos valores pueden servir de garantía, por ejemplo, para créditos bancarios. Pueden ser contadas dos veces, o tres, o más, gracias a la existencia de empresas *holdings*. Una valoración especulativa de las acciones constituye un incremento del volumen total del capital ficticio existente en la economía. Pero ese incremento posee una característica distinta del valor original: no significa una duplicación aparente de un valor real. En realidad, detrás de él no existe ninguna sustancia real. Cuando el crédito es destinado al sector privado y se formaliza por medio de un título negociable en el mercado, también debe ser considerado capital ficticio. Esto porque aparentemente el valor se ha duplicado. Cuando el incremento de la deuda pública ocurre en razón de gastos improductivos o gastos corrientes o aun de transferencias, estamos frente a la creación de un nuevo capital ficticio, toda vez que por detrás de ese incremento de la deuda no sobrevive nada sustancial (Carcanholo y Sabadini s/a).

Hoy, más que nunca, la economía ha perdido relación con el ámbito productivo. Existe una enorme economía de papel, alimentada básicamente por la persistencia de los déficit públicos y los mecanismos de innovación financiera, que no se corresponde con la situación real de la economía. Masas siempre mayores de capitales especulativos y ficticios se mueven de un lado hacia otro buscando en las inversiones financieras una rentabilidad que no encuentran en el sector real de la economía, debido a la caída de la tasa de beneficio en este. Podemos concluir que el sistema capitalista se ha ido convirtiendo en realidad en un *capitalismo ficticio*, cuyas reglas de juego son radicalmente distintas y hasta antagónicas al clásico *capitalismo productivo*, esto es el fundado en la generación y acumulación de plusvalor.

Así pues, si como capital a interés el capital adquiere una forma mistificadora, como capital ficticio asume un aspecto todavía más complejo y desmaterializado. En su momento de gloria, en la era neoliberal, la verdadera economía parecía ser la financiera. Los centros financieros de

Nueva York y Londres podían reírse del capital productivo en el mundo, cuando aparentemente la economía financiera se desarrollaba con independencia de la dinámica de la producción. El capital ficticio, sin embargo, realiza ganancias ficticias que solo pueden ser hechas reales a nivel individual, aunque jamás a nivel de su totalidad. Con todo, mientras exista la fe de poder hacerlas reales continúa operando la burbuja especulativa creada por el capital ficticio. Gracias al salvamento de los grandes bancos de la crisis crediticia por parte de los gobiernos, el sector financiero pudo retornar a la economía de casino. Pero, por eso mismo, hoy se vislumbra la bancarrota de los propios Estados, con lo que, tarde o temprano, se vislumbrará también la imposibilidad de tornar reales las ganancias ficticias. Estallará entonces la burbuja que pondrá límites a la acumulación de capital ficticio, el cual actúa a la vez como un cáncer y un parásito en un cuerpo humano vivo.

El capital ficticio o parasitario generado de manera masiva está circulando entremezclado con el capital real. Según el Banco de Basilea (el banco central de todos los bancos centrales), en el año 2009, circulaban en el mundo unos US\$ 1.000 trillones de valores, obligaciones y moneda, mientras el producto bruto mundial superaba apenas un poco los US\$ 50 trillones, o sea que, en la actualidad, por cada dólar con valor real circulan otros veinte dólares que son *capital ficticio y parasitario*, constituyéndose en la más grande estafa de la historia (Beinstein 2009). Estos valores, que Wall Street ha llamado *productos financieros derivados*, bajo la forma de deudas, pagarés, obligaciones, empaquetamiento, etc., fueron causa de la crisis crediticia en EE. UU. y contaminaron todos los mercados mundiales.

Tarde o temprano, la burbuja de capital ficticio exigirá la destrucción de tales productos, vale decir, la eliminación de gran parte de la economía de papel mediante la anulación de deudas por bancarrota. Las bancarrotas de empresas privadas en EE. UU. pasaron de 800 mil en 2007 a 1,4 millones en 2009, un aumento del 75%, y la situación empeorará en el año 2010. Asimismo, según la Corporación Federal de Garantías de Depósitos (FDIC, por sus siglas en inglés), en 2009, quebraron 140 bancos estadounidenses y otros 700 estaban en peligro de hacerlo (Quinn 2010). La tremenda burbuja financiera, por tanto, está estallando, y con ello la economía mundial está atravesando por una enorme inestabilidad e inseguridad y entrando en depresión. Como consecuencia, la hegemonía de EE. UU. está a la deriva. En efecto, es claro que una depre-

sión mundial demandará un nuevo orden económico internacional, y EE. UU. buscarán no perder la hegemonía en este. No obstante, es dudoso que, sobre la debilitada base de su economía, pueda instalarse un nuevo orden internacional bajo la hegemonía estadounidense.

Contrario a lo que aconteció en los países centrales, en los países periféricos, se incrementó, en términos relativos, la generación de riqueza real y productiva. Esto porque, al ser las ganancias en los primeros, en promedio, más altas en el sector financiero y especulativo, durante décadas, las inversiones se desplazaron del sector creador de riqueza y de la economía real al sector improductivo y parasitario. Últimamente, en los mercados del Primer Mundo, se intercambiaba riqueza real por capital ficticio. Semejante operación representa un subsidio permanente y creciente en riqueza real, desde las sociedades periféricas hacia las naciones ricas del planeta, lo que explica el progresivo carácter *parasitario* de las segundas. Por lo anterior, la crisis afecta menos a los países periféricos que a los centros de poder. Es en este contexto que surgen más voces desde el Sur que demandan un cambio en las cuotas de poder (verbigracia, entre los países emergentes como el BRIC), mientras otras naciones luchan a favor del *decoupling* o *desconexión* del sistema dominante. En medio de la crisis, el comercio internacional se contrae, lo que da base objetiva para tal desconexión.

En América Latina y el Caribe en particular, países como Venezuela, Ecuador o Bolivia se inclinan hacia una mayor desconexión en el entendido de que pueden sobrevivir mejor sin subsidiar y cargar con el derroche de los países ricos. Estos, en cambio, entienden que, en las actuales condiciones, no pueden lograrlo sin aquel subsidio permanente desde los países periféricos, y mucho menos sin sus recursos naturales. Por eso, frente a la amenaza del colapso del capital ficticio, las fuerzas reaccionarias entre las élites, con EE. UU. a la cabeza, se radicalizan con vistas a prolongar el actual *statu quo* político aunque sea por la vía militar. También en la región hay fuerzas alineadas con esta posición, como México, Colombia o Perú, por ejemplo. Luego, los escenarios de guerra se vuelven más concretos a escala mundial, incluso con amenazas concretas para América Latina y el Caribe. La guerra podría ser un instrumento para mantener la hegemonía política; con todo, no brinda todavía una solución para salir de la crisis. La gran pregunta sigue siendo cómo reconectar la inversión de manera rentable con la economía real.

Más adelante veremos que es dudoso que Occidente consiga retornar al ámbito productivo sobre la base de una tasa de ganancia en alza. Lo anterior sitúa en una crisis sin aparente salida al propio capitalismo, al menos en Occidente, con lo que surgen las expectativas de un cambio de civilización, al menos a no muy largo plazo. En el corto plazo, sin embargo, se vislumbra el intento del capital hegemónico de un proceso de dominación a nivel mundial, incluso con un crecimiento negativo. Esto inauguraría ya una era poscapitalista, es decir, una era sin acumulación de capital, aun cuando fuese autoritaria en su primera fase de transición. Sobre esta base, y en medio de una mayor desconexión, emergen las posibilidades de lanzar proyectos endógenos con esfuerzos más democráticos y participativos, proceso que, de cierta forma, se perfila ya en Bolivia. La coexistencia con el capitalismo dificulta un proceso de autodeterminación y de democratización participativa más radical, si bien un eventual colapso del sistema monetario internacional provocaría la desconexión obligada, profunda y global. En el próximo capítulo, examinaremos los riesgos del colapso del sistema monetario internacional.

Bibliografía

BEINSTEIN, Jorge

2009 «En la ruta de la decadencia: hacia una crisis prolongada de la civilización burguesa». En Observatorio Internacional de la Crisis. *En La gran depresión del siglo XXI: causas, carácter, perspectivas*. San José: DEI, pp. 134.

CARCANHOLO, Reinaldo A. y SABATINI, Mauricio de S.

s/a *Capital ficticio y ganancias ficticias*. s/c: Observatorio Internacional de la Crisis.

DIERCKXSENS, Wim

2008 «La Gran Depresión del siglo XXI inaugura “la administración Obama”», en Pasos [San José, DEI] Nro. 139. Septiembre-octubre, pp. 10-17.

QUINN, James

2010 «Recession, depression or systematic breakdown». En línea: www.financialsense.com. Fecha de la visita: 04/03/2010.